

de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las plantaciones, los esclavos,—muy sobrecitados por un gran vaso de ron, muy generosamente distribuído,—no hablaban más que de honor ofendido, de honor á vengar, de dignidad herida, etc.

—Hay que vengar al amo,—decían.

—Estamos prestos á morir por el buen amo,—encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido á dar un paseo á la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

Á la mañana siguiente, el hacendado del café, envió la delegación de sus negros á declarar la guerra á su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

—Sobre todo, mis fieles amigos,—dijo,—nada de concesiones. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.

—¡Oh amo! Quedad tranquilo,—respondieron los buenos negros;—nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado á sus buenos camaradas esclavos que no hiciesen concesiones y que estuviesen muy firmes.

—¡Demostrad que sois hombres!—declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este nuevo calificativo de hombres, ellos, á quienes se acostumbraba tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal á sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron bandidos y ladrones,—fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia,—y la guerra fué declarada.

El día siguiente todo había termi-

nado. En las plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse, y sus cadáveres yacían juntos á los de sus compañeros. Otras negras, arrodilladas sobre el campo de matanza, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor,—el hacendado del café,—una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba á su muchacho, muerto á sus pies, y á su hombre herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

—¡Miserable!—gritó la negra;—tú haber matado mi hijo.

—Es una gran desgracia,—dijo el amo con dulzura;—pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

—Tú tener la victoria, nosotros no,—replicó la vieja, con ira;—nosotros quedar esclavos como antes.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido,—declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—Tú nos has burlado con tu honor. Tú ser un asesino.

—Sí, tú ser un asesino,—repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros sois ingratos y traidores,—dijo con tono de juez,—y merecís la muerte de los traidores.

Tiró del revólver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver de su hijo.

En seguida los que habían asistido á esta escena, llenos á la vez de miedo



BIBLIOTECA DOMENECH. Están al llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.